

Pablo  
Aparicio  
Resco  
(Ed.)

# ARQUEOLOGÍA Y NEOLIBERALISMO



# J Arqueología S

Los contenidos de este libro están protegidos por la ley. Está prohibido reproducir total o parcialmente los contenidos del libro con propósito comercial. Por lo demás, puede usarse libremente con propósito educativo o similar. Para más información: [www.jasarqueologia.es](http://www.jasarqueologia.es)

Primera edición: Diciembre 2019  
Edición original en inglés: 2016

© Edición:  
JAS Arqueología S.L.U.  
Plaza de Mondariz 6  
28029 Madrid (España)  
[www.jasarqueologia.es](http://www.jasarqueologia.es)

Edición: Jaime Almansa Sánchez  
Corrección: Daniel García Raso

© Textos e imágenes:  
De los autores según se menciona en el texto

ISBN: 978-84-944368-6-4

Distribuido en **Aceso Abierto** en [tienda.jasarqueologia.es](http://tienda.jasarqueologia.es)  
Es la versión en castellano de *Archaeology and Neoliberalism*

*Hecho en España - Made in Spain*

# **ARQUEOLOGÍA Y NEOLIBERALISMO**

**Pablo Aparicio Resco (Ed.)**

JAS Arqueología Editorial



# ÍNDICE

1. <b>Prefacio.</b> Pablo Aparicio Resco.	1
2. <b>Del Pay-per-view al Pay-per-publish, o de la mercantilización de la publicación científica.</b> Jaime Almansa Sánchez.	7
3. <b>Arqueología y Capitalismo.</b> Juan Manuel Vicent García.	17
4. <b>La arqueología profesional en España: un ensayo de síntesis cualitativa.</b> Rafael Soler Rocha.	29
5. <b>Juntos de la mano hacia la extinción: la tutela patrimonial (neoliberal) de las comunidades rurales.</b> Xurxo M. Ayán Vila y José M <sup>a</sup> . Señorán Martín.	45
6. <b>Consumir pasado, digerir identidad. Cuando el pasado se convierte en producto de consumo.</b> Tono Vizcaíno Estevan.	59
7. <b>Ni ética ni excelencia. El naufragio de la arqueología neoliberal en España.</b> Alicia Torija López.	71
8. <b>Algunas divagaciones sobre persuasión económica, ceremonias institucionales y manipulación simbólica a través del cataclismo de la arqueología comercial española.</b> Eva Parga-Dans.	85

<b>9. ¿Alguien necesita una transfusión? Humanidades y sociedad y viceversa.</b> Beatriz Comendador.	97
<b>10. Arqueologías del presente y museos del futuro, o de cómo abrir la relación entre patrimonio y procomún.</b> Antonio Lafuente y Paz Sastre.	111
<b>11. Del cuidado del hogar al cartel publicitario. Algunos planteamientos sobre el pensamiento neoliberal y la arqueología de género.</b> Alfonso Monsalve Romera.	125
<b>12. Arqueólogos migrantes ante el neoliberalismo del siglo XXI.</b> Pedro A. Carretero Poblete.	137
<b>13. El lugar de la arqueología en el capitalismo tardío: estructura de la violencia en las fases disciplinaria y posdisciplinaria de la arqueología.</b> Alejandro Haber.	151
<b>14. Arqueología y Neoliberalismo en el Perú: una aproximación.</b> Henry Tantaleán.	171
<b>15. La Revolución suburbana. Apuntes de arqueología y capitalismo neoliberal en la megalópolis mexicana.</b> Juan Reynol Bibiano Tonchez y Juan José Guerrero García.	191
<b>16. La arqueología y el multiculturalismo neoliberal en Chile.</b> Patricia Ayala Rocabado.	207
<b>17. Bienvenidos al desierto de lo real: industria y capital en atacama (1880-2015).</b> Flora Vilches.	221
<b>18. La arqueología y la explotación de la riqueza de la tierra en Uruguay en el marco del desarrollismo y la globalización neoliberal.</b> Gustavo Verdesio.	233

19. <b>Cómo aprendí la ley del mercado.</b> Laurent Olivier.	243
20. <b>Arqueología sin sentidos. Anestesia y capitalismo.</b> José Roberto Pellini.	259
21. <b>El fin de la historia y la arqueología polaca después de la caída del comunismo.</b> Dawid Kobialka.	271
22. <b>Bajo el paraguas del neoliberalismo: el papel de la arqueología iraní en la reducción de la diversidad cultural.</b> Leila Papoli-Yazdi y Omran Garazhian.	287
23. <b>Atrapados en un escenario empresarial: implicaciones del neoliberalismo en la gestión del patrimonio arqueológico en los Países Bajos.</b> Monique H. van den Dries.	305
24. <b>Nuevas estrategias de gestión en la arqueología comercial británica.</b> Nicolas Zorzin.	325
25. <b>Neoliberalismo y arqueología en Alemania.</b> Ulrike Sommer y Martin Schmidt.	359
26. <b>El desafío del neoliberalismo y el patrimonio arqueológico en Turquía: ¿protección o destrucción?</b> Veysel Apaydin.	375
27. <b>Epílogo: Arqueología como acción política.</b> Randall H. McGuire.	389
<b>Bibliografía</b>	405
<b>Sobre los autores</b>	461

## 10. **ARQUEOLOGÍAS DEL PRESENTE Y MUSEOS DEL FUTURO, O DE CÓMO ABRIR LA RELACIÓN ENTRE PATRIMONIO Y PROCOMÚN**

Antonio Lafuente y Paz Sastre

Pocos territorios han sido más explorados que la provincia cuyos bordes se delimitan con las nociones de museo, patrimonio, tecnología y mercado. Por eso nunca dejará de ser paradójico que aún no tengamos una explicación para un hecho sorprendente y sintomático: los primeros museos del xviii no muestran piezas excepcionales, sino piedras, huesos, conchas, plumas, mapas, maquetas, microscopios, telares, arados... ¿Pero qué hacen todas estas cosas ordinarias en un museo? Están ahí para reconfigurar el signo de los tiempos, inventar un pasado y un presente común. Los ilustrados cuestionan los límites de lo social desorganizando la disposición de las cosas en un espacio abierto. Las cosas no se distinguen de las nuevas tecnologías que las movilizan, y por primera vez, como objetos independientes de los individuos y los usos heredados. Lo ordinario se analiza, data, localiza, clasifica y conserva haciendo del museo una verdadera casa de los (nuevos) comunes. Esas piezas evocan un mundo común heredado (Lafuente y Valverde 2008). La roca, por ejemplo, da testimonio de los procesos de cristalización de la materia inerte, esta osamenta evoca algún vericuerdo de la historia del planeta, y aquel tejido predica el nivel técnico de una comunidad remota.



Todo es tan común como relevante. Su relevancia es adquirida e implica la movilización de los nuevos instrumentos cognitivos, desde el barómetro y la probeta al prensado y los sistemas de clasificación pasando por los laboratorios, las expediciones, los salones y los premios. Con el mismo gesto, los ilustrados descubrieron el papel de las tecnologías en la producción de objetos y en la formación de consensos. Las cosas son ahora recodificables. Pero dar propiedades es poner en valor e inevitablemente asignar un precio en el nuevo mercado de objetos civilizatorios que crece mientras se sustituye la cultura de las maravillas por las maravillas de la cultura. Y así, junto a la plétora de amateur que integraban la Royal Society o las expediciones científicas, surgen una pléyade de coleccionistas, *connaisseur*, marchantes y tasadores. Asignar propiedades y poner valor a las cosas no son movimientos dispares y, aunque estén separados en el tiempo, están hermanados por el Estado y en seguida por el mercado, como lo prueba la deriva emprendida por los bienes comunes hacia su patrimonialización (Miller 1987; Strathern 1988).

En una de las escenas más impactantes de *Las invasiones bárbaras*, la película con la que Denys Arcand triunfó en Cannes y cosechó el Óscar a la mejor producción extranjera en 2004, se nos muestra un sacerdote que trata con una joven anticuaria americana la venta de candelabros, altares, óleos del Sagrado Corazón y yesos de vírgenes policromadas, entre otros objetos religiosos que se amontonan desordenadamente en los sótanos del arzobispado de Montreal. Y es que, explica el guionista, el descenso de la religiosidad forzó el cierre de muchos templos y la necesidad de vender los excedentes para poder mantener el resto. La

marchante, sin embargo, responde con frialdad que el mercado americano está saturado de objetos de culto francés y que solo tendrían salida los cálices del siglo xviii. En definitiva, aquellos objetos habían dejado de engrosar el patrimonio y se habían convertido en una bagatela difícil de gestionar. Así de simple y así de claro: el patrimonio eclesiástico quebequés no vale nada, ni siquiera como testigo anónimo del pasado artesanal o como símbolo de la identidad nacional.

Y es que sostener el valor de las cosas tiene un coste estremecedor y de nuevo reclama un ejército de restauradores, ingenieros, artistas, patrocinadores, edificios e investigadores, además de protocolos, estándares y consensos, y la convergencia de todos los medios de masas sujetando la empresa patrimonial. ¿Habrá expertos para todos los museos? ¿Habrá recursos para todos los objetos? ¿Habrá mercado para todas los artefactos? ¿Habrá públicos en todos los edificios? El patrimonio es sin duda una empresa bulímica.

Para contestar a estas preguntas y proponer en el camino otras nuevas, hemos dividido nuestro argumento en tres tramos. En el primero aludiremos a la invisibilización de los comunes tras los dos grandes procesos de patrimonialización: la liberal en el siglo xix y la neoliberal del siglo xx. En el segundo, atenderemos el redescubrimiento actual de los bienes comunes siempre en los márgenes del Estado y del mercado. En el tercero y último, expondremos nuestras conclusiones dejando abierta la pregunta ¿qué espacios reservar para el cuidado de los nuevos patrimonios?

### **La mano visible y la mano invisible de la patrimonialización**

Ya hemos mencionado que los ilustrados descubrieron la simultaneidad que se daba entre la tarea de recodificar la sociedad y la de recodificar las cosas. Lo más novedoso de esta original conexión entre bienes comunes y nuevas tecnologías hay que buscarlo en las formas de sociabilidad que inaugura: la convicción de que el consenso, el equilibrio y la paz social son un asunto que se resuelve mediante instrumentos, cifras y mapas. Pero las nuevas repúblicas absorben masivamente los bienes comunales, incluidos los no museografiables. Revalorizar lo cotidiano deviene en un proceso técnico cuyos altos costos iban a ser asumidos por el Estado. La memoria, la sanidad, la educación y la seguridad dejan de ser asuntos comunes y surgen los patrimonios estatales. El estrechamiento del procomún alumbra el nacimiento de lo público. Y aquel museo que nació para ser la casa de los comunes escenifica ahora los valores del nuevo contrato social (Linebaugh 2008). El museo, las exposiciones universales o las grandes obras públicas creaban la ilusión de que el propio Estado se podía exhibir como un gran espectáculo tecnológico (Nye 1962; Bennett 1995). También hay una deriva que privilegia los museos de arte, lo que implica un tránsito desde lo común a lo excepcional, desde lo ordinario a lo magistral y desde lo objetivo a lo estético (Duncan 1995). Este cercamiento transforma lo común en sinónimo de atrasado, residual y primitivo. Lo público, por el contrario, es moderno, radiante y eficaz (Deloche 2001). Así las cosas, nada tiene de sorprendente que los objetos dentro del museo fueran sometidos a todos los vaivenes de las retóricas identitarias. El patrimonio liberal tuvo entonces que despreciar el procomunal.

Tras la Segunda Guerra Mundial la crisis del proyecto moderno acentuó el interés por confundir lo común entre los límites de lo público. Las inconsistencias acumuladas en el devenir de la Lista del Patrimonio Mundial coordinada por la UNESCO incentivaron la búsqueda de nuevas definiciones del patrimonio. Sin embargo, los expertos no resolvieron las asimetrías existentes y el carácter altamente excluyente de las obras catalogadas por su «valor universal excepcional» (García Canclini 2010). Abogar por la democratización del patrimonio, fomentar un supuesto deber de la memoria y reclamar los patrimonios inmateriales, marginales y naturales ha convertido la cruzada del patrimonio en una empresa bulímica, insostenible y finalmente necesitada de recursos privados que garantizaran su financiación. La *desmusealización*, la *desartefactualización* y la *desexpertización*, junto con la privatización, la masificación y la globalización han convertido el patrimonio en un recurso al servicio del mercado del ocio. La segunda ola de patrimonialización, la neoliberal, mezcla de forma irreversible lo público con lo privado y convierte al turismo de naturaleza y al turismo cultural en los verdaderos motores del patrimonio. Y así, términos como la *disneyización* o *macdonalización* del patrimonio incrementan cada día el número de adeptos.

### **Exploradores del procomún**

La privatización de lo público, como probó Ostrom, tampoco resuelve las tensiones sociales, políticas, económicas y culturales generadas por la patrimonialización de los comunes. Ni las economías de la larga cola, ni la innovación social, ni la responsabilidad social corporativa logran frenar la proliferación sistemática de minorías excluyentes y mayorías excluidas. Lo común

no es el resultado de una expansión de lo público. Lo común siempre emerge allí donde el Estado y el mercado se ausentan, allí donde la vida sigue mediante formas de gestión autogestionarias, resistencialistas, cooperativas y contrahegemónicas, o una mezcla original de las mencionadas. Lo público, cuando funciona bien, tiene demasiado trabajo con la producción de protocolos, estándares y políticas distributivas. Casi se diría que lo estatal está diseñado para ignorar lo local, lo situado, lo periférico, lo singular y lo minoritario. La maquinaria estatal no sabe dónde ni cómo mirar estos territorios emergentes. Fracasa el Estado, y mucho más el mercado, aun cuando haya querido poner en marcha confusos proyectos de filantropocapitalismo o, más recientemente, de innovación social. Para responder la pregunta sobre lo que es lo común necesitamos a los artistas o, quizás, un tipo especial y no tan reciente de artistas (Spieker 2008). Para encontrar lo común hay que enviar exploradores a las fronteras de lo patrimonial, más allá de lo público y lo privado, tal como hicieron los ilustrados con sus expedicionarios en los confines del imperio, más allá de lo conocido y más acá de lo maravilloso. También entonces hubo una proliferación de nuevos actores, nuevos medios de masas y nuevas tecnologías. También entonces la cultura amateur encontró un intersticio por donde colorear lo formal y lo heredado. De manera que, a hombros de expedicionarios, nos gustaría revisar las estrategias de algunos viajeros que se están adentrando en los nuevos territorios ignotos de una modernidad que ya solo podemos imaginar como incompleta, imperfecta, inconclusa, parcial, desorientada, frágil y ocasional. Una modernidad fragmentaria cuya ruina se oculta hasta en los márgenes de lo público y lo privado. Algunos

proyectos contemporáneos están actuando como sensores de las nuevas tensiones entre lo procomunal y lo patrimonial. Están desorganizando la distribución de lo ordinario en el espacio público o, como decíamos antes, (re)programando los objetos y produciendo otras visualizaciones.

*Megafone.net*, del artista Antoni Abad, ha cartografiado desde 2004 hasta 2017, con ayuda de diferentes grupos, 13 territorios emergentes: el de los taxistas de Ciudad de México, los jóvenes gitanos de Lérida y León, las trabajadoras sexuales de Madrid, los discapacitados motores de Barcelona, Ginebra y Montreal, los *motoboys* de Sao Paulo, los migrantes nicaragüenses en Costa Rica, los desplazados en Colombia, los jóvenes saharauis refugiados en Argelia, los invidentes de Barcelona y los inmigrantes en Nueva York. Cada grupo construye sus propios objetos en directo mediante un *smartphone* conectado a la interfaz gráfica de la plataforma web, reorganizando el espacio público y simbólico a través de sus propios relatos (Martín Prada 2012; Parés et al. 2014; Tisselli 2014; Oliverio 2011).

En el año 2000, el colectivo de artistas, educadores, académicos y activistas, REPOhistory (*Repossessing History*), que venía trabajando desde 1989, produjo su último proyecto público de mapas (Constanzo 2000; Collado y Rodrigo 2010). Titulado *Circulation*, concebía la ciudad entera de Nueva York como un enorme organismo y espacio de exploración para investigar un aspecto poco conocido de la fisiología urbana: la distribución diaria de sangre humana, desde los donantes a los bancos de sangre, los hospitales, los receptores y las clínicas. Esta cadena conforma eficazmente un sistema circulatorio invisible que se extiende por múltiples puntos, tanto local como globalmente. El proyec-

to investigaba la economía política del material sangre, tanto desde la perspectiva sanitaria (transmisión de enfermedades, recurso quirúrgico...), como desde la mercantil (la experimentación de nuevas utilidades, las motivaciones altruistas, las connotaciones racistas). Este ensamblaje liminar de actores humanos y no humanos dibuja un espacio de intercambios que es experimentado como común.

Tras la visita a Nueva Orleans en 2006, el artista Mel Chin descubre que la ciudad antes de la catástrofe del Katrina era una de las más contaminadas de todo el país con índices alarmantes de plomo en sangre del 30 al 50% de la población infantil urbana (Abaroa 2013: 37). El costo estimado para limpiar la ciudad entera era de 300 millones de dólares. Con la idea de recaudar estos fondos diseña y coordina el proyecto *Operation Paydirt/Fundred Dollar Bill Project*<sup>1</sup> donde participan estudiantes de escuelas de todo el país dibujando a mano billetes de 100 dólares. Una vez reunidos todos los dibujos son entregados al Congreso de Estados Unidos con la intención de canjearlos por la cantidad real requerida para llevar a cabo la eliminación del plomo en el suelo. El proyecto dura ya ocho años y ha extendido su escala al territorio nacional a partir de la participación de estudiantes, profesores, científicos y políticos.

Estos casos prueban la existencia de nuevos objetos y formas de intercambio. En ellos emergen territorios desconocidos. Su existencia no es antagónica, pero sí contrahegemónica. Mundos incrustados en el ahora que vivimos, formas híbridas de sociabilidad, que demandan la mirada del artista y las prácticas del

---

<sup>1</sup> <http://operationpaydirt.org/>, <http://fundred.org/> [03/11/2015]

arqueólogo (González Ruibal 2012). Una arqueología del presente debería ser capaz de mostrarnos lo que muchos artistas, autoconvertidos en sensores de alerta temprana, experimentan como nuevos cercamientos del procomún (Boyle 2003). Estos ejemplos podrían ser tres arqueologías del presente (Harrison 2012) que testimonian la inminencia de nuevos patrimonios, ahora calificados como expandidos por ser fruto de la participación y convergencia de los expertos con los afectados. Los casos también dan forma a nuevos patrimonios anónimos y espacios híbridos donde se intersecta lo común con lo patrimonializado, lo público y lo privado. Pero hay más. Cada día encontramos en la red nuevas experiencias nacidas allí donde la modernidad se desdibuja o, peor aún, se ausenta por completo. Estas últimas ya no se tramam, como sucedía en los casos mencionados, mediante estrategias prediseñadas de participación por parte de un artista o un colectivo interdisciplinar, sino en redes de colaboración transversal que se tejen de manera espontánea y autogestionaria. Así sucedió en Nueva Orleans cuando Katrina mostró todas las carencias, asimetrías e injusticias espaciales que sostenían y habían romantizado la ciudad criolla, la urbe alegre, la capital del jazz. Katrina no está allí cómodamente instalada en el pasado. Katrina está por todas partes. Todos, lo sabemos, estamos aguardando a Katrina.

Fukushima es un caso admirable de lo que queremos decir. Tras el tsunami y la fusión del núcleo de varios reactores nucleares se produjo un apagón informativo. Del Big Data pasamos al No Data. El gobierno japonés y TEPCO, la empresa propietaria de las centrales, trataban de salvar las apariencias dando informes incompletos y no sistemáticos en PDF que llegaron a irritar a



varios gobiernos. La crisis japonesa se hacía global. Tu vieron que ser varios colectivos de hackers del mundo, incluidos los miembros del hackerspace de Tokyo, quienes en un tiempo récord diseñaron, financiaron, fabricaron y distribuyeron un contador de radioactividad basado en protocolos y hardware *open source*. Los datos fueron estandarizados, como también los procesos de recogida, depuración, normalización y tratamiento en Pachube.com (hoy, Xively.com), una plataforma para el internet de las cosas que, combinada con Ushahidi.com, comenzó a producir visualizaciones en tiempo real de la radioactividad que dejaron en ridículo a la corporación energética y a la administración pública (Plantin 2011). Un año más tarde, en 2012, Safecast.org recibía una mención honorífica en la categoría de comunidades digitales de los premios del Festival Ars Electronica<sup>2</sup>.

El periodismo ciudadano en zonas de conflicto armado es otro ejemplo de estas prácticas emergentes (Al-Ani 2012). Durante los últimos años de la guerra contra el narco que se desarrolla en México, las redes sociales se han convertido, una vez más, en una herramienta de seguridad ciudadana que cubre los vacíos informativos de las instituciones de gobierno y los medios tradicionales de información como la prensa o la televisión (Monroy-Hernández et al. 2013). Servicios de *microblogging* como Twitter se convierten en alertas sobre los puntos calientes donde se observan escenas de violencia potencial o efectiva —disparos, operativos policiales, etc.— de manera que los ciudadanos puedan evitarlas y proteger su integridad personal buscando vías alternativas de paso. El anonimato y la producción distribuida de noticias en tiempo real

---

2 <http://prix2012.aec.at/prixwinner/4547/> [03/11/2015]

permiten operar a la ciudadanía como un medio de información que complementa los informes oficiales y los servicios de noticias locales. Y lo que acabamos de contar sobre los nuevos regímenes de producción de conocimiento y sociabilidad en los entornos de la urbe se amplía a los entornos del cuerpo.

Las Braintalkcommunities.org son otro ejemplo de redes descentralizadas que actúan cartografiando un territorio por completo desconocido. Formadas por pacientes psiquiátricos cansados de pastillas y deseosos de mejorar su calidad de vida, han organizado un gigantesco ensayo clínico cuyo objetivo es hablar de lo que les pasa para identificar síntomas probables, remedios tentativos, efectos colaterales, tratamientos recomendables y, en fin, emprender cualquier movimiento que cumpla varias condiciones, entre las cuales destacan la voluntad de comprobar todas las hipótesis, la intención de que el experimento permanezca abierto y la convicción de que ninguna respuesta será definitiva. No son comunidades de apoyo mutuo orientadas hacia el intercambio de palabras de aliento y frases bien intencionadas, sino que se trata de verdaderas comunidades de aprendizaje y producción de conocimiento contrastado (Hoch y Ferguson 2005). Hay estudios que prueban la relevancia epistemológica y organizativa de estos proyectos de *research-in-the-wild* («investigación-a-pelo»), como los llamó Michael Callon (Callon y Rabehrisoa 2003). Son muchos los que han sabido destacar que no se trata de iniciativas participativas que mejoran la funcionalidad de las instituciones o la robustez de nuestros conocimientos, sino de empresas autogestionarias que están dando nombre y construyendo un cuerpo común, posanatómico y posliberal, que es abierto, distribuido, democrá-

tico, objetivo, inalienable y recursivo (Kelty 2008). Los tres casos descritos son admirables y muestran que los nuevos bienes construidos, un aire libre de radiactividad, una ciudad segura y la soberanía sobre el cuerpo son inimaginables sin las infraestructuras que sostienen la comunidad que los moviliza y viceversa.

### **Nuevas cartografías y otros patrimonios**

Situados en una modernidad inacabada o ausente, estas arqueologías desorganizan el espacio social y lo hackean para cartografiar territorios desconocidos convirtiéndolos en interfaces gráficas que sostienen y son sostenidas por la permanente circulación de dones entre sus usuarios. Pero a diferencia de los tres primeros casos, donde la expansión del patrimonio está determinada por un conjunto heterogéneo de mediadores, en los tres últimos, el reclamo de nuevos patrimonios surge de la mediación directa de comunidades de afectados. Hablamos entonces de una arqueología que no vive de desenterrar fragmentos sino de revelar el ensamblaje vivo de bienes comunes, compartidos y no exclusivos. Unos bienes codificados como objetos dinámicos y liminares que cartografían territorios contrahegemónicos y no solo patrimonios expandidos. No se trata únicamente de plantear dinámicas de gobernanza participativa. Los nuevos comunes aparecen allí, donde y siempre, cuando el ensamblaje recursivo de bienes y comunidades concernidas no se distingue de las tecnologías con las que se movilizan. Mientras los mapas científicos perviven a los habitantes del territorio y a su cartógrafo, la viabilidad de la interfaz depende enteramente de la supervivencia de la comunidad. Si cesa el intercambio de dones el objeto así ensamblado se desvanece, llevándose consigo el espacio

producido por sus múltiples itinerarios. Hoy muchos de los museos, especialmente aquellos dedicados al arte contemporáneo, trabajan con patrimonios expandidos que terminan olvidados en sus bodegas. Pero a diferencia de lo que ocurría en la Ilustración, carecemos de infraestructuras físicas que puedan dar cabida a los nuevos comunes. El museo, quizá por ahora, no pueda transformarse en una interfaz que aloje objetos tan desmesurados como el aire tóxico y que no existan fuera de su uso y de los individuos que los movilizan. Pero, más pronto que tarde, tendremos que construir un espacio capaz de proteger los nuevos comunes sin patrimonializarlos.